

**LA PREDICACIÓN  
Y LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN**

CONTINUANDO  
UNA DISCUSIÓN INDEFINIDA

por

DR. C. TRIMP

Traducido del Holandés

por

DR. NELSON KLOOSTERMAN

Traducido del Inglés

por

Valentín Alpuche

## ACERCA DEL AUTOR

El Dr. C. Trimp es profesor emérito en la Universidad Teológica de las Iglesias Reformadas (Liberadas) en los Países Bajos, Broederweg, Kampen. Su campo de enseñanza y como escritor puede ser descrito como “estudios ministeriales” (en Holandés, *ambtelijke vakken*), incluyendo aquellas materias teológicas conocidas por los lectores del inglés como homilética (la predicación), liturgia (la adoración), catequesis (la educación eclesiástica), cuidado pastoral y evangelismo.

Ordenado al ministerio en 1951, el Dr. Trimp fue nombrado como profesor en 1970. En adición a escribir un número de libros, el Dr. Trimp fungió como co-editor de *De Reformatie*, una revista de pensamiento reformado cuya influencia se extiende más allá de los Países Bajos alrededor del mundo.

## PREFACIO DEL TRADUCTOR AL INGLES

La característica técnica más importante de esta traducción inglesa que requiere una breve explicación implica el asunto enfadoso de la terminología. Cuán enfadoso este asunto es, llegará a ser más claro en el cuerpo de esta obra.

Hay varias palabras claves holandesas cuyas traducciones al Ingles necesitamos explicar.

El sustantivo *heilsgeschiedenis* es una bella palabra compuesta de dos palabras holandesas, *heil* (“salvación” o “redención”) y *geschiedenis* (“historia”). Aunque el ingles permite el uso de dos sustantivos juntos, de tal manera que podemos traducir el compuesto holandés por “historia-salvación” (“*salvation history*”), hemos escogido traducirlo como “la historia de la salvación” (“*the history of salvation*”). El adjetivo *heilshistorisch* es un compuesto similar, uno que consistentemente hemos vertido con la frase adjetival separada por el guión “historia-redentora.”

Otra palabra holandesa difícil de traducir es la palabra *omgang*, denotando la relación de Dios con el hombre. Probablemente la traducción más apropiada de *omgang*, aunque menos conveniente, es “intercourse” (relaciones, trato), una palabra popularmente denotando relaciones sexuales. Pero ¿es esa palabra del todo inapropiada aquí? No si recordamos que la Biblia a menudo usa metáforas de sexualidad para describir *relaciones no sexuales*, como la relación de Dios con su pueblo. No obstante, un sentido de modestia nos lleva a escoger la palabra “concourse” (relación, confluencia, concurrencia, conexión, unión), aunque por ella queremos decir, más frecuentemente “intercourse.”

Por muchas razones, unas pastorales, otras intelectuales y pedagógicas, este ejercicio de traducción ha sido extremadamente provechoso. Cuando el hermano, colega y pastor Hill Shishko, me instó a traducir este librito, no había comprendido completamente cuánta claridad e ideas el Dr. Trimp ha aportado a la discusión acerca de la predicación del material histórico de la Biblia. Esa comprensión se ha profundizado considerablemente. Las cuestiones hermenéuticas y homiléticas centrales a esta discusión no se disiparán. Si las ignoramos, lo haremos a nuestro riesgo.

Con esa luz, esperamos que este ensayo sirva a Dios y a su pueblo—primeramente en el púlpito y a los feligreses, después en los salones de clases de los seminarios, y después, más tangiblemente y concretamente, que sirva a las vidas de obediencia piadosa dentro del tiempo y espacio de Dios que llamamos la historia del mundo.

La sesión del Franklin Square Orthodox Presbyterian Church (una iglesia que pertenece a Jesucristo, y actualmente pastoreada por Hill Shishko), de Franklin Square, New York, merece las gracias por financiar los costos para publicar esta obra. Nuestro tiempo juntos en la XV Conferencia Anual de la Biblia de la iglesia Square en Septiembre de 1995, continúa generando más que meros recuerdos afectuosos. Gracias, hermanos, en el nombre de Cristo.

Nelson D. Kloosterman

Enero de 1996

## PREFACIO

El propósito de este libro está descrito brevemente por el subtítulo: *Continuando una Discusión Indefinida*.

El término “discusión” pertenece al debate entre 1940 y 1942 en las iglesias reformadas en los Países Bajos en relación a la pregunta: ¿Cómo tiene que ser predicada la “narrativa histórica” que se halla en la Biblia de acuerdo con la intención de la Santa Escritura? Esa conversación produjo un número de publicaciones separadas, como también dos términos usados comúnmente: la predicación “histórico-redentora” y la predicación “ejemplarista” [o moralista]. Cuando repasamos esta discusión después de pasar varias décadas, somos golpeados por el hecho lamentable de que permanece *inconclusa*. Las razones o causas que subyacen a este hecho no son difíciles de encontrar si estudiamos los años cuando el debate se llevó a cabo. Pero entender estas razones no disminuye en nada nuestro lamento.

Después de 1942, la discusión revivió brevemente con la aparición en 1970 de la disertación de Sidney Greidanus, intitulada *Sola Scriptura: Problems and Principles in Preaching Historical Texts*. A nuestro juicio, este libro provee una reconstrucción adecuada y comprehensiva del debate. No obstante, esta disertación fue incapaz de influenciar o resucitar la discusión. El hecho de que fue escrita en inglés seguramente ampliará la discusión internacionalmente. Este mismo hecho también explicará por qué la discusión no ha avanzado más en los Países Bajos.

Además, esta disertación sufre de varias omisiones, sugerencias incorrectas e interpretaciones equivocadas.

El libro que ahora están leyendo es un intento para *continuar* la discusión y hacerla avanzar. Es la convicción del autor que le debemos una profunda deuda de gratitud a los pioneros que laboraron en los años 1940; el paso de muchos años desde entonces no ha disminuido el derecho que ellos tienen de nuestro respeto. Pero no honramos a los pioneros considerando su obra como definitiva. Por lo tanto, esta publicación es un intento de prevenir o desmantelar la creación de mitos en torno a los conceptos de “historia-redentora” y “ejemplarista.”

Estamos convencidos que los desarrollos teológicos modernos obligan a nuestra generación más que nunca a reflexionar, sobre la base de las convicciones fundamentales de la fe, acerca de cómo debemos tratar con el material histórico de la Biblia al leer y predicar la Escritura.

Es un motivo de gratitud que el manuscrito de este libro pudo ser sometido a la publicación en Junio de 1986—veinticinco años después que nosotros publicamos nuestra disertación que trataba con el concepto de “la historia de la salvación” usado por Karl Barth. Confiamos en que el lector perdonará esta recolección personal y biográfica en esta introducción con un librito que trata con la ruta distintiva y particular que Dios ha viajado con su pueblo a través de los siglos.

C. Trimp

### La historia de la Biblia

Cualquier persona capaz de leer puede ver que la Biblia contiene largas secciones de material narrativo, tanto en el Antiguo y Nuevo Testamentos. Parece que a través de los siglos, un número abrumador de eventos ocurrieron que fueron dignos de transmitirlos a las generaciones subsecuentes. Consecuentemente, nuestra lectura de la Biblia tratará más bien exclusivamente con aquellas historias—la Biblia misma nos obliga a hacerlo así. Lo mismo es verdad de la predicación como la administración de la Palabra de Dios que nos llega en la Escritura.

Obviamente, la Biblia no es un tratado filosófico proveyendo intuiciones profundas de un mundo más alto acerca del cual la gente ordinaria tiene poco entendimiento. Si la Biblia fuera esa clase de documento, entonces cada predicador necesitaría convertirse en una especie de filósofo popular capaz de interpretar un escrito profundo de una manera entendible dentro de la “universidad” pública que nosotros llamamos “la iglesia.” Pero el predicador no es esa clase de maestro porque la Biblia no esa clase de libro.

La Biblia no cayó del cielo, ni fue excavada de las profundidades de la tierra, como una especie de oráculo conteniendo fórmulas virtualmente indescifrables y proverbios profundos. El pastor no necesita adoptar los aires de un mago o hechicero. El no necesita romper códigos o descifrar un mensaje secreto. El no es un místico, y mucho menos un malabarista sobre las cuerdas flojas de la alegoría o predicción. Su trabajo es mucho menos sensacional: él necesita solamente transmitir una antigua historia.

Ni es la Biblia un manual de dogmática reformada o teología sistemática, donde todas las verdades de las confesiones están cuidadosamente arregladas, definidas y explicadas. Ocasionalmente parece que la Biblia muestra poca afinidad con nuestros conceptos doctrinales, e incluso se ríe un poquito de ellos. Después nos da un sentido de vergüenza al leer varias historias o porciones de la Escritura—una inquietud que salen a flote en nuestros estudios de la Biblia, por ejemplo. Tenemos el sentimiento incómodo de que algo no encaja muy bien y que nosotros no entendemos realmente el significado de la historia después de todo. En adición a esto, sentimos que muchas historias de la Biblia son genuinamente asombrosas, algunas un poco toscas, incluso terrenales. En tiempos antiguos, nuestros ancestros pensaban que aquellas historias terrenales difícilmente debían ser leídas con decencia para los devocionales familiares. Actualmente, son aquellas historias asombrosas a las que difícilmente se les presta oído en nuestra sociedad. Por ejemplo, ¿quién quiere oír acerca de aquella deidad militar que ordenó que las ciudades cananeas enteras sean quemadas completamente?

Todas estas observaciones tienen que ver con el hecho de que la Biblia contiene, en primer lugar, una colección de *historias*.

Además, estas son historias que no han sido escritas de acuerdo a las reglas de la historiografía que usamos hoy día en nuestra cultura. Mucha información falta que en nuestro día estaría incluida. Algunos puntos de información están incluidos que nosotros hubiéramos omitido. En un punto, el autor bíblico puede relatar cuidadosamente acerca

de un período de tiempo o detalle en particular. En otro punto, el mismo autor se salta décadas sin una palabra, como si poco de estos años valiera la pena de relatar. Esa es la clase de Biblia que nosotros hemos recibido: una colección compuesta extraordinariamente de historias singulares.

Esta observación, fácilmente verificable, nos dice mucho acerca del Dios de la Biblia y acerca del pueblo que pertenece a este Dios. Evidentemente Él considera importante que su pueblo conozca, primero que todo, un número de *eventos* de tiempos más tempranos y más tardíos. Cualquier fe que sea, el conocimiento de la fe es también conocimiento factual. Vista de esta manera, podríamos decir que toda la fe es también fe “histórica—para usar un término del pasado que conlleva algo de bagaje teológico.

Para llegar a la fe no necesitas primero estudiar filosofía. Pero sí necesitas conocer la historia—una vieja, vieja historia de una cultura muy lejana. Esa historia es no obstante, de una u otra manera, muy relevante.

Por esta razón, Dios ha instituido un ministerio único en la iglesia, con miras a transmitir y explicar esa vieja, vieja historia. Este ministerio lo llamamos “el ministerio de la Palabra.”

Se lleva a cabo en el contexto de la liturgia, y en esa administración, el mensaje de Dios para hoy y mañana se nos declara en términos de una narrativa sobre ayer y anteayer. La vieja historia es capaz de familiarizarnos con Dios. En una serie de eventos que sucedieron hace mucho y que se dirigen a nosotros incluso el día de hoy—al menos, ellos tienen la intención de dirigirse a nosotros—Dios se muestra a sí mismo como el Dios viviente.

En la adoración pagana, una imagen escueta es el punto central. Con rituales mágicos tan viejos como los siglos la gente busca arrebatar la bendición o sabiduría de su deidad, y la imagen garantiza y asegura la cercanía de esa deidad. Pero tan central como es el ídolo para los paganos, así de central lo es para Israel la “historia” viviente: en esa historia, el Dios viviente se acerca a su pueblo. No se necesita algún chillido o murmullo; nada necesita ser arrebataado. Por esa razón, Israel nunca necesitó fórmulas o rituales mágicos. Israel necesitaba algo más: más que cualquier otra cosa, Israel necesitaba aprender a *escuchar*—porque Israel recibió de Dios una adoración sin imágenes (cf. Deut. 4:12-20; 18:9-19). Cualquiera que se sometía bajo la autoridad de la historia era redimido de los dioses que ha manufacturado en la forma de ídolos e ideas, y aprende a escuchar la clara voz del Dios viviente.

Deseamos reflexionar sobre este carácter de la Biblia y este carácter de la administración de la Palabra. Hay mucho que perder y mucho que ganar. Queremos ganar un entendimiento del carácter *histórico* de la auto-revelación de Dios, y juntos reflexionar sobre la expresión familiar “*predicación histórico-redentora*.” ¿Qué significa esto? ¿Cómo se lleva a cabo en el púlpito? ¿Cómo puedes evaluarla desde la banca?

Por supuesto, respuestas a estas preguntas han sido dadas en periodos más tempranos de la historia. Intensas discusiones acerca de la predicación histórico-redentora estallaron en los Países Bajos alrededor de 1940. En ese punto, la pregunta era si predicar sermones

histórico-redentores (en contraste a los sermones “ejemplaristas”) sobre la narrativa histórica era un asunto de obligación o simplemente un asunto de referencia. Estos dos términos descriptivos aún son usados comúnmente en las discusiones acerca de la predicación. Pero la pregunta es apropiada: ¿Qué significan estos términos? ¿Cuál es el contenido real de estas dos frases populares? Responder a estas preguntas es el propósito de esta publicación.

### **El camino de Dios y el hombre**

La Biblia nos habla de la historia de la relación (confluencia) de Dios con su pueblo. Esa relación es el “ejercicio” del compañerismo, y esta relación se lleva a cabo en la casa de comunión. Porque Dios habita en medio de su pueblo. El no es un nómada trascendente que solamente puede “vagar,” que nunca llega a descansar a su casa. Esa es la clase de retrato de Dios que la gente con frecuencia ha querido pintar, pero la Biblia no habla de esa manera acerca de Dios. Es decir: Dios nunca habla de esa manera acerca de sí mismo.

Pero esta observación no es todo lo que hay que decir acerca de la relación de Dios con su pueblo. Porque nosotros hacemos eco de la Biblia también cuando observamos que esta relación es una “ruta” o senda: Dios y el hombre “viajan” juntos. Su ruta los lleva a través de tierras y épocas. Ustedes incluso podrían escribir un diario sobre ello. Podrían tomar un atlas y un calendario, y ponerlos junto a las notas del diario. La relación entre Dios y su pueblo tiene un carácter geográfico e histórico demostrable. Esa es sólo una de las razones por qué nosotros hablamos de la historia de la salvación: Dios y el hombre habitan juntos y están viajando juntos.

Este hecho está muy relacionado con el propósito de Dios para el hombre. Dios creó al hombre como un ser histórico, y lo hace vivir en el espacio y el tiempo. Por esa razón, el hombre no puede ser otra cosa que un viajero—en ruta a su hogar eterno.

Cuando Dios y el hombre habitan juntos y viajan juntos, la suya no es una cohabitación callada o un viaje silencioso. Dios y su pueblo hablan juntos en el viaje.

Además, Dios realiza muchos hechos, y en ellos también, él está hablando. Su relación se lleva a cabo aquí también, o declarado más fuertemente: solamente de esta manera es posible su relación.

Con frecuencia Dios anuncia sus hechos, y después los realiza. De esa manera, Dios se muestra a sí mismo a su pueblo y al mundo. El revela su nombre, divulga sus planes, su estrategia, su voluntad e intenciones. A todo esto le llamamos “la revelación” de Dios. No es de extrañar, entonces, que hemos llegado a hablar de “la historia de la revelación.”

En este punto estamos tratando con aquel carácter histórico de la salvación y de la revelación. En nuestra opinión, podemos enfocar este asunto muy bien si ponemos atención al lenguaje de la Biblia concerniente a la frase *el camino*. Muy frecuentemente esa frase funciona en referencia a la manera en la cual Dios viaja con su pueblo. Es una frase muy simple de la Biblia por la que tenemos el hábito de llamarla “historia de la salvación.”



Por ejemplo, leemos en Deuteronomio 8:2 que Israel tiene que recordar *todo el camino* por el cual el Señor su Dios lo había guiado por cuarenta años en el desierto. Cuando Moisés le dio este mandamiento a Israel, quería decir más que simplemente recordar la *ruta* que Israel tomó a través del desierto. A “el camino” pertenecían también las señales y maravillas, las experiencias difíciles y deleitosas—en breve: toda la revelación que Dios le había dado a Israel en la ruta. Se refería a ese específico camino de revelación, junto al cual Dios había guiado a su pueblo como el Líder de la procesión, de acuerdo a Deuteronomio 1:30-33 (cf. también Deut. 24:9 y 25:17). Israel no debía nunca perder otra vez de vista ese sendero, porque este camino es determinativo para toda la historia subsiguiente del pueblo. Por lo tanto, Israel tiene que entender bien que el camino de Egipto a Canaán había sido un camino definido e irreversible hacia el futuro. Significaría un *juicio* colosal si, a pesar de esto, Israel hubiera viajado camino de regreso (cf. Deut. 17:16 y 28:68).

El sucesor de Moisés, Josué, dijo precisamente esto en su discurso de despedida: “porque Jehová nuestro Dios es el que nos sacó a nosotros y a nuestros padres de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre; el que ha hecho estas grandes señales, y nos ha guardado por todo el camino por donde hemos andado, y en todos los pueblos por entre los cuales pasamos” (Jos. 24:17). Aquí la palabra “camino” es simplemente una referencia a lo que nosotros tendemos a llamar la historia de la revelación y la historia de la salvación.

Podemos decir aun más acerca de esta manera bíblica de hablar. Porque nos parece que el término *camino* es al mismo tiempo una referencia al *mandamiento* de Dios. Caminar “en el camino del Señor” es una descripción de guardar los mandamientos de Dios. Ahora surge la pregunta: ¿Cuál es la conexión entre el camino de salvación y guardar la ley de Dios?

Una vez más el libro de Deuteronomio nos provee la solución a este enigma. Para Israel, el viaje del desierto fue simultáneamente su crianza en el conocimiento y temor del Señor. Las experiencias de Israel con el Señor en este viaje constituyen los motivos detrás de los mandamientos y ordenanzas. Dios se reveló a sí mismo como un Dios único. Porque el Dios viviente derrotó a todos los ídolos de los paganos. Este Dios viajó con su pueblo hasta ahora una ruta desconocida, y en este camino llevó a su pueblo consigo mismo al futuro. De este modo, el Dios santo viajó en un camino santo con Israel, y de esta manera constituyó a Israel en un pueblo santo. Guardar los mandamientos de Dios le da forma a esta santidad. *La historia de la redención es la base del mandamiento*. Esto es evidente inmediatamente del así llamado prólogo del Decálogo: “Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto de casa de servidumbre.” Así como ustedes me han llegado a conocerme, y por lo tanto no tendrán dioses ajenos delante de mí (Primer Mandamiento), y así sucesivamente. Hay muchos más textos que son relevantes para este rasgo de la relación de Dios con su pueblo. Deuteronomio 8:2-6 nos ofrece quizás el ejemplo más impresionante.

Cuando Israel pecó, estaba siendo infiel al Señor y estaba auto-conscientemente ignorando la historia que Dios había llevado a cabo. En ese punto Israel iba detrás de otros dioses, dioses con quienes Israel nunca disfrutó una relación positiva (dioses “extraños,” a quienes Israel no “conocía”, cf. Deut. 32:12, 17). En tal caso la Biblia dice

que Israel “se apartó del camino” (cf. Éx. 32:8; Deut. 9:12, 16; 11:28; 13:5-6; 32:15-18; Juec. 2:17; Sal. 95:10; Heb. 3:10). El término “camino” puede así referirse a las acciones de Dios y a las acciones de los hombres al conocer (o ignorar) los caminos del Señor. Claramente, la historia de la salvación y la ética están relacionadas integralmente.

Finalmente, nos gustaría mirar un tercer aspecto de la manera en que la Biblia habla acerca del “camino.”

“El camino” también puede referirse al plan o propósitos del Señor.

En un momento extremadamente crítico, cuando Moisés le pidió a Dios, “Ahora, pues, si he hallado gracia en tus ojos, te ruego que me muestres ahora tu camino, para que te conozca, y halle gracia en tus ojos; y mira que esta gente es pueblo tuyo” (Éx. 33:13), él le estaba preguntando a Dios sobre su última intención: Señor, ¿cuál es tu plan?

De la misma manera, Isaías 55:8-9 habla de los *caminos* de Dios y de los *pensamientos* de Dios como asuntos paralelos. Aquí están implicadas *las intenciones redentoras* de Dios.

Lo mismo es verdad en el Nuevo Testamento.

Cuando el apóstol le dice al oponente del evangelio en la isla de Chipre, “¿No cesarás de trastornar los caminos rectos del Señor?” (Hechos 13:10), él está hablando sobre el plan de salvación de Dios para el mundo y sobre la implementación particular de ese plan en el viaje misionero históricamente particular de Pablo y Barnabás. Aquí la referencia es a los caminos que Dios mismo concibe, establece y viaja.

Podemos decir lo mismo en relación a la instrucción que Priscila y Aquila le estaban dando a Apolos en Éfeso, cuando le explicaron más exactamente el camino de Dios, con respecto al cual él tenía cierto conocimiento (Hechos 18:25-26).

¡Hablar acerca de la historia de la salvación es hablar también sobre el plan e intención de Dios! Y la conclusión de todo esto solamente puede ser: “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! (Rom. 11:33).

Al reflexionar de esta manera acerca de la *manera* en que Dios trata con su pueblo es en verdad una rica experiencia. Esta es la historia de la salvación, en donde hay vida para todos los hijos de Dios y un futuro abierto para todo el mundo. Porque en este camino, concebido por el Dios eternamente sabio, Dios mismo está *guiando* (Éx. 13:21). El está viajando *con* su pueblo (Éx. 33:16) y *en medio* de su pueblo (Éx. 34:9). En medio de la lucha, él es la ayuda de Israel como su *vanguardia* y *retaguardia* (Is. 52:12). ¿Cómo pudo ser tal historia una realidad simplemente en el pasado?

\*\*\*

Debido a que Dios trata así con su pueblo, solamente una opción permanece para ese pueblo: ir con Dios por el sendero de la redención. ¿De qué otra manera podría tal pueblo vivir y sobrevivir?

Concerniente a esto, la Biblia también provee una instrucción muy notable. La Biblia describe este “ir” del pueblo por el “camino” de salvación como un caminar *delante* de Dios, y caminar *con* Dios, y un caminar *de acuerdo* a Dios.

*Caminar delante de Dios* (ante el “rostro/faz de Dios”) es una forma de vida que no está escondida de los ojos de Dios sino, al contrario, es conducida en la presencia redentoramente rica de Dios. Uno que vive delante de Dios se regocija de tener comunión con Dios (por ejemplo, cf. Gén. 24:40, 48:15-16; Sal. 56:14, 116:9).

Al mismo tiempo, tal comunión requiere que la vida del hombre sea aceptable delante de Dios. ¿Cómo podría el santo Dios jamás estar redentoramente presente en la vida de alguien que nunca lo honró? Por esa razón, la historia sobre el establecimiento del pacto con Abraham inicia con Dios diciendo, “Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto” (Gén. 17:1). Por la misma razón, esta era la regla preeminente para la conducta del rey de Israel, de acuerdo a la palabra de David a Salomón (1 Reyes 2:4; cf. también 3:6, 8:23, 25, 9:4 y 2 Reyes 20:3).

*Caminar con Dios* se refiere a una relación confiada e íntima con el Señor. Dos personas que “andan juntas” intercambian palabras de amor y verdad; ellas conocen sus planes e intenciones. Así es como Enoc y Noé caminaron con Dios (Gén. 5:22, 24; 6:9; cf. también Miq. 6:8 y Mal. 2:6).

*Caminar según Dios* es una descripción de obediencia al Señor y de seguir al Señor confiadamente. Israel tenía que saber que era completamente dependiente del Señor porque él los había escogido, adquirido y liberado como su propia posesión, en su elección, en el éxodo de Egipto, y al establecer el pacto en el Sinaí. Ese es el sentido del mensaje conmovedor del Señor que a través de la boca de su siervo Jeremías habla a Jerusalén diciendo: “Me he acordado de ti, de la fidelidad de tu juventud, del amor de tu desposorio, cuando andabas en pos de mi en el desierto, en tierra no sembrada” (Jer. 2:2; cf. también el discurso de Elías en el Monte Carmelo, 1 Reyes 18:21, y el lenguaje de la ley en Deut. 13:4-5). Parece claro que el caminar de Israel de acuerdo a la voluntad de Dios era lo opuesto de honrar dioses “extraños.” Uno que camina tras dioses extraños y anda en las procesiones paganas es como un hombre que camina detrás de una prostituta. Él mismo se “deja llevar” y es conducido a una destrucción segura por su clara trasgresión del Primer Mandamiento (cf. Deut. 1:36; 4:3; 6:14; 12:30; Núm. 14:24; 32:12; Jos. 14:8-9, 14; 1 Reyes 11:4, 6).

Cualquiera que no camina “según” Dios de hecho le da la espalda a Dios y rompe con Dios. Este es el adulterio religioso que caracterizaba el pecado de Israel (Jer. 15:6) y que arrojó a Israel en la miseria de la cautividad.

Esta manera de hablar del Antiguo Testamento de “caminar según Dios” forma el trasfondo del lenguaje del Nuevo Testamento acerca de “seguir” a Cristo. Esperamos regresar a esto en otro contexto.

Si resumiéramos toda esta sección, diríamos que Dios y su pueblo están viajando juntos. Dios abre el camino, y viaja en el camino y su pueblo puede viajar con él en ese camino. Ese es el corazón, el meollo de la historia. Esa es la historia de la salvación. Su inicio se halla en el amor y elección de Dios, y su meta se halla en la comunión con Dios. La historia de la salvación toma forma en los grandes hechos que Dios realiza en la ruta, y en el servicio que se le ofrece en amor como una ofrenda de gratitud por su propio pueblo.

El pueblo de Dios procede *de* Dios; el pueblo de Dios es guiado y llevado *por* Dios; y al mismo tiempo, el pueblo de Dios está viajando en ruta *a* Dios. Eso es lo queremos decir, en el sentido del Nuevo Testamento, con el amor de Dios, la gracia del Señor Jesucristo y la comunión del Espíritu Santo (2 Cor. 13:14). Se nos enseñó esta manera trinitaria de hablar por medio de la historia. Este es el secreto de una completa historia de amor. También la podemos llamar el carácter histórico-trinitario de la historia de la salvación.

### **La vía equivocada del Gnosticismo y la alegoría**

El pueblo de Dios proviene de Dios y viaja rumbo a Dios—eso es lo que aprendimos en la conclusión de la sección previa.

Si esto es verdad, entonces el pueblo de Dios no está viajando rumbo a, por ejemplo, una virtud plenamente desarrollada, o a la sociedad perfecta, o la autorrealización humana. Tampoco va rumbo a un paraíso utópico, uno que podríamos llamar un lugar de inactividad maravillosa o “cielo.” No estamos de viaje al cielo—un viaje sin gozo por la tierra hacia una ciudad de oro arriba.

En este punto, nos sentimos obligados a salvaguardar la hermosa historia que la Biblia nos da acerca del camino del pueblo de Dios, en contra de otra narrativa que a través de la historia frecuentemente ha interferido, como una cosa molesta, entre la Biblia y los creyentes. Necesitamos mirar muy bien esa inquietante historia viajera. Porque afecta nuestra lectura de la Biblia y nuestra predicación más de lo que el lector se da cuenta.

Hasta este punto, hemos estado hablando acerca del camino de Dios y su pueblo como un camino geográficamente e históricamente verificable. Es el camino de ese Dios que, en una fecha particular en la historia, sacó a su pueblo de Egipto, y deseó ser conocido a través de las edades como ese Dios.

Para nuestros propósitos aquí, podemos llamarlo el camino *horizontal* entre Dios y su pueblo.

Pero a través de la historia humana la gente ha soñado, fantaseado y filosofado acerca de una ruta *vertical*—una ruta de viaje que, de hecho, nos libraría de esta tierra y nos llevaría a regiones altas, supra terrenales. Esa ruta de viaje es, de hecho, una ruta de retorno, porque el alma humana se embarca en ella para regresar. Una vez, desafortunadamente, el alma se perdió y llegó a parar más allá de su verdadero hogar. Parte de su desgracia consistió en tomar un giro equivocado para terminar en la tierra, aprisionada allí en el cuerpo. “Salvación” significa que el alma es liberada de su prisión y vuela velozmente en dirección a su origen—allá arriba, en el reino de la luz divina.

Ahora bien, ¿qué clase de historia extraña es esta?

Es una historia que en tiempos pasados cautivó a un sin número de gente, y sedujo a muchos cristianos también.

Esta clase de idea la podemos asociar con el nombre del gran filósofo griego, Platón. Por medio de una modificación posterior de su sistema (en el así llamado Neo-Platonismo), estas nociones surgieron para ejercer una gran influencia sobre la iglesia en los primeros siglos después del Pentecostés.

Pero estamos tratando también aquí con motivos de los sistemas de pensamientos Orientales (especialmente Persas), paradigmas que están propagados hasta este mismo día en nuestra propia cultura.

Cuando estos motivos neo-platónicos y Orientales se mezclan posteriormente con expresiones particulares de misticismo judío y después, para empeorar las cosas, se combinan con un número de palabras y conceptos del Nuevo Testamento, entonces surge una mezcla de concepciones religiosas mentales que usualmente llamamos “Gnosticismo Cristiano.” La combinación y origen de esta mezcla pertenece a una historia muy complicada, una historia que no necesitamos investigar aquí.

Un hecho está claro, a saber, que este proceso de mezcla se llevó a cabo en Alejandría—un centro cultural preeminente en los siglos cercanos al nacimiento de Cristo. En la segunda mitad del primer siglo, esta combinación llegó a la prominencia en Alejandría, creciendo en el segundo siglo hasta llegar a ser un sistema de pensamiento de mucha influencia. ¡Parecía ser una tentación masiva y un ataque en contra de la iglesia cristiana primitiva!

Nos gustaría identificar varias características de esta cosmovisión Gnóstica.

En primer lugar, distingue entre el verdadero Dios y el dios del Antiguo Testamento. El verdadero Dios es tan exaltado que, para nosotros, él es incognoscible. Tampoco este Dios se interesa con nuestros pequeños problemas.

El dios del Antiguo Testamento es el creador de este mundo defectuoso. Este Dios es, por así decirlo, una clase de carpintero noble que está ocupado en un nivel muy bajo al del Dios real.

En segundo lugar, en el centro de su ser, el hombre está esencialmente relacionado con el ser divino más alto. El hombre es una chispa que ha brotado de la luz celestial. Esta chispa celestial fue aprisionada en un cuerpo material y posteriormente fue sujeta en este mundo al dominio de ese dios terrenal y sus poderes. De hecho, este mundo es un mundo hostil, rendido al mal. Toda la realidad está dividida en dos regiones-poderes irreconciliables. En tercer lugar, le gente intentó explicar la situación lamentable actual del hombre con la ayuda de un historia mítica acerca de una caída que ocurrió antes de todo el tiempo creado. De este modo, la creación de este mundo no precedió a esta así llamada caída en el pecado. Sino justamente lo opuesto: la creación de este mundo es un

resultado y consecuencia de esta caída. Del ser divino que formó la base original de toda la realidad, un número de así llamados *eones* fluyeron (la así llamada emanación). Cuando uno de estos eones se liberó del todo, una deidad inferior llegó a existir—un “manufacturador” que inició su propio mundo. Dentro de ese mundo—y ese mundo, desafortunadamente, es nuestro mundo—se considera ser el dios superior. Pero en la realidad de halla a sí mismo muy lejos del dios verdadero. Cualquiera que aprende esta ideología entiende el deseo del alma humana de su repatriación: ¡el regreso!

En cuarto lugar, de acuerdo a este mito, la ayuda se le ofrece al hombre en la forma de conocimiento. Ese conocimiento equipa al hombre para conocer su verdadera naturaleza y su origen celestial, y lo hace suspirar para regresar a ellos. Ese conocimiento es llamado *gnosis*, la palabra griega para conocimiento. De esa palabra proviene el término Gnosticismo.

Una consecuencia de este sistema de pensamiento pagano es que la caída en el pecado no puede ser la culpa de este ser superior, y mucho menos del hombre mismo. El hombre es más una víctima que un perpetrador. El problema esencial de su existencia no es el pecado, sino su cautividad terrenal. Ahora bien, si importamos a este sistema elementos cristianos, ciertamente podemos introducir el nombre de Cristo, pero luego la tarea de este “Cristo” no es liberar del poder del pecado. La cruz de Cristo no es realmente significativa. A fin de cuentas, nosotros necesitamos más bien el “conocimiento” redentor (así llamado, cf. 1 Tim. 6:20).

\*\*\*

Si ahora comparamos este conocimiento con las enseñanzas del hereje *Marción*, quien fue excomulgado en el 144 en Roma, entonces notamos la relación con este Gnosticismo “cristiano.” Marción fue extremadamente negativo hacia el Antiguo Testamento, un resultado de sus perspectivas negativas acerca de la creación y de la realidad creada.

El Dios real y genuino habitaba en un mundo espiritual y no tenía nada que ver con la creación y el Antiguo Testamento. Por lo tanto, Marción se ofendía con las historias y mandamientos del Antiguo Testamento.

Para nuestro propósito, es útil mirar otro resultado de sistema de pensamiento Gnóstico. Cuando él habla acerca de Jesús, un así llamado Gnóstico cristiano argumentaría que Cristo el Redentor no se profanó a sí mismo con un cuerpo derivado de la creación y de este modo de una deidad inferior. Cuando Cristo apareció en la tierra, él vino con un cuerpo *aparente*, una fachada. Fue esa fachada que fue crucificado. De esta manera, Cristo mismo *realmente* no sufrió. Era absolutamente imposible para él que sufriera. Jesús de Nazaret simplemente no es el mismo Cristo de Dios.

Esta línea de pensamiento la llamamos *docetismo*, la doctrina de que Cristo poseía lo que *parecía* ser un cuerpo y que Cristo solamente *parecía* que sufrió. Esta doctrina fue rebatida tan vigorosamente por el apóstol Juan al enfatizar la historicidad de la vida y

muerte de Cristo Jesús, el Hijo de Dios. Porque cuando él vino, él escogió su camino a través del agua y la sangre (1 Juan 5).

\*\*\*

¿Por qué es significativo ponernos al tanto de esta clase de herejía al reflexionar acerca de la predicación histórico-redentora? El significado yace aquí: ahora podemos ver mucho más claramente que debemos poner un fuerte énfasis en el carácter *histórico* de la obra redentora de Dios sobre la tierra. El camino de Dios, en el que camina con el hombre, es un camino en esta tierra y un camino a través de esta historia. En su obra redentora, Dios no desprecia a su propia creación—ni siquiera las distancias geográficas y temporales que él mismo creó. En contra del Gnosticismo la iglesia ha confesado que el Padre de Jesucristo es el Todopoderoso, el Creador de los cielos y de la tierra. Por lo tanto, un cuerpo humano creado no era demasiado sucio o terrenal para el Hijo de Dios. Por lo tanto, el tiempo creado y la historia terrenal no son demasiados banales para el camino de Dios con el hombre. Por lo tanto, el Antiguo Testamento no es demasiado ordinario o demasiado terrenal para revelar cosas acerca de Dios y su redención para la humanidad.

Reconociendo la historicidad de la obra de Dios, de su redención y revelación, es la única arma en contra del Platonismo, Gnosticismo y dualismo. Fue su polémica en contra del Gnosticismo que forzó a Ireneo, pupilo de Policarpo de Esmirna y obispo de Lyon en el siglo segundo, a reflexionar sobre la historia de la salvación, y lo condujo a formular las ideas centrales de una perspectiva histórico-redentora sobre la historia bíblica. Ireneo tomó seriamente las palabras centrales de la larga oración de Pablo en Efesios 1:3-14, y fue él quien hizo un espacio dentro la teología sistemática para estas palabras (especialmente la palabra *oikonomia*, que significa “economía” o “dispensación”). Al hacer esto, este hombre echó el fundamento para lo que llegaría a ser la posesión de la iglesia por siglos posteriormente, en las formulaciones del Credo de los Apóstoles: la confesión del Dios vivo de acuerdo a su revelación histórico-trinitaria (K. Schilder 1947 3:7ss.).

El significado de esta antítesis aparece más claramente una vez que consideramos otro resultado posterior de la polémica en contra del Gnosticismo Alejandrino: la iglesia luchó también en contra del *método alegórico de interpretar la Escritura*.

El método alegórico de interpretar la Escritura toma todo lo que se presenta como histórico y lo tergiversa en un símbolo de una realidad más elevada. El método alegórico está completamente desinteresado en el carácter histórico de los eventos que la Biblia nos da en su historia. La factualidad histórica es totalmente irrelevante.

Por ejemplo, cuando la Biblia nos dice que Adán fue creado primero, y después Eva, el método alegórico interpreta eso de esta manera. “Adán,” es un símbolo del alma; “Eva” simboliza la percepción sensorial. Cuando el espíritu del hombre pierde su consciencia (el sueño profundo de Adán), entonces el estado sensorial despierta.

Cuando leemos acerca de los cuatro ríos en el jardín del Edén, esos cuatro ríos simbolizan las cuatro virtudes cardinales halladas en la ética griega: sabiduría, valor, templanza y justicia.

De los tres patriarcas, Abraham, Isaac y Jacob, Abraham es un tipo de la virtud que surge en respuesta al mandamiento, mientras que Isaac tipifica a la virtud que surge de la inclinación interna, y Jacob representa la virtud que resulta de la práctica.

La historia de la salvación así se convierte en una simbolización de las virtudes e intuiciones humanas.

Detrás de todo esto está escondido el pensamiento Platónico. La verdad eterna habita en el mundo de las ideas. Aquí sobre la tierra venimos a parar muy lejos de ese lugar de habitación. En realidad, somos víctimas de un naufragio, varado en una isla distante. Debido a la distancia entre el mundo de las ideas y esta tierra imperfecta, el rayo de la luz de la verdad ha sido severamente atenuado. La nuestra es una clase de existencia sombría en la cual tratamos de descubrir los contornos del mundo real. Las ocurrencias sobre la tierra constituyen una clase de juego sombrío que debemos entender como una forma de lenguaje simbólico. De ese modo, nos ayudamos en nuestra lucha al descubrir las verdades atemporales y eternas detrás y por encima de aquellos símbolos. De este modo, el camino horizontal de Dios es tergiversado en el camino vertical de nuestras interpretaciones penetrantes, las cuales a su vez están al servicio de nuestro viaje de regreso a la fuente de la luz.

En este punto el lector no debe suponer que este método alegórico era solamente incidental, insignificante y una rareza en la historia antigua. Al contrario, este método había dominado la predicación en la iglesia por muchos siglos. Los trece siglos entre Orígenes y Lutero estuvieron llenos de este enfoque. Agustín fue un maestro preeminente del método alegórico de la interpretación de la Biblia. Incluso después de Lutero, el método no murió, ni siquiera entre los predicadores reformados en los Países Bajos. ¡Jodocus van Lodenstein, por ejemplo, lo pudo practicar muy bien!

Por esa razón, seguramente vale mucho la pena poner atención extra a esta manera de leer e interpretar la Santa Escritura.

Nos parece que en varios contextos, la alegoría ha llegado a ser el medio usual para hacer aceptables documentos religiosos en una nueva era. Así es como la gente en Grecia, por ejemplo, trataba de hacer aceptable las historias relativamente triviales de los dioses, contenidas en la mitología antigua al aplicar el método alegórico a Homero. La alegoría parece haber sido una clase de arma apolítica que vino a ser aplicada a la Biblia cuando la gente buscaba una síntesis entre el contenido de la Biblia y las intuiciones de la cultura helenística contemporánea.

Allí en Alejandría vivió del 25 A.C. hasta el 45 D.C. un hombre educado llamado *Filón*—un hombre que habitó en dos mundos. Con su trasfondo del Antiguo Testamento vivió en uno de los centros de la cultura helenística. Por eso él buscó una conexión entre el pensamiento griego y el Antiguo Testamento, a fin de presentar el judaísmo a su mundo civilizado contemporáneo sin negar su fe judía. Para alcanzar ese objetivo, Filón echó mano de la herramienta de la alegoría. Solamente con su ayuda él pudo haber hecho el caso de que la ley de Moisés contenía toda la sabiduría del mundo mucho antes que apareciera la filosofía griega.



Posteriormente, los así llamados *Padres Apostólicos* y los *Apologistas* dentro de la iglesia cristiana adoptaron este método de Filón. Ellos vivieron con su confesión cristiana en una situación comparable a la de Filón. Más tarde aún, los Alejandrinos *Clemente* y *Orígenes* le dieron al mundo un método similar al diseñar una versión platónica del cristianismo.

De aquí vemos la amplia influencia de Filón dentro de la iglesia cristiana—una influencia que continuó hasta bien entrada la Edad Media, tanto en el escolasticismo y el misticismo de ese periodo.

La alegoría siempre implica la tergiversación de la descripción histórica convirtiéndola en una enseñanza moral atemporal, de tal forma que individuos históricos particulares llegan a ser, por medio de algún truco de interpretación, símbolos de los poderes internos del alma.

Filón se refugió en este método para que pudiera hacer avanzar el judaísmo como una religión mundial mesiánica.

Al hacer esto, Filón destruyó el carácter y el objetivo del Antiguo Testamento. Porque el Antiguo Testamento es un libro completamente histórico en el cual encontramos la revelación del Dios vivo. Este Dios se ha revelado a sí mismo en la historia y se ha unido a su pueblo en ruta al futuro del Mesías prometido. Por esa razón, el Antiguo Testamento *tiene* que estar abierto.

El resultado es que cuando el judaísmo entiende que toda la sabiduría ha sido proveída en los cinco libros de Moisés, este judaísmo destruye el foco único del Antiguo Testamento: el principio dinámico de avanzar hacia el futuro. Esta perspectiva tapa y cierra aquello que, por naturaleza, tiene que permanecer abierto y mirando hacia delante. Esta perspectiva interrumpe la dinámica histórica y detiene el movimiento hacia delante de la historia. Pierde de vista el carácter preliminar del antiguo pacto. Al mismo tiempo, se cierra a cualquier forma de cumplimiento en el nuevo pacto. Ese es el “velo” que el apóstol menciona en 2 Corintios 3:14, 16. Estamos describiendo aquí la profunda tragedia de los judíos incrédulos. Cualquier referencia histórico-redentora al Mesías es tergiversada por la exégesis judía, por medio de la alegoría, a fin de presentar la religión judía como la salvación del mundo, y mantener al mundo lejos del Hijo de Dios. Aquí yace también el motivo de las historias del Antiguo Testamento (cf. especialmente Rom. 4 y 9, y Gál. 3 y 4).

“Decidme, los que queréis estar bajo la ley: ¿no habéis oído la ley?” (Gál. 4:21). Sí, Pablo no se avergüenza de usar la palabra “alegoría” (v. 24)—pero sin por un momento tergiversar la facticidad histórica de los eventos que ocurrieron en la tienda de Abraham (el conflicto entre Sara y Agar). De esta manera, sobre la base de la historia autoritativa de los patriarcas, ese judaísmo es una falsificación de la verdad.

La alegoría parece respetar el Antiguo Testamento al mirar en él toda la sabiduría y la verdad. Pero en realidad, la alegoría es un juego de manos acrobático que usa varias maneras insanas para extraer de la narrativa una “sabiduría” ya formulada. Por esa razón, la alegoría es realmente nada menos que una violación y mutilación del Antiguo Testamento. Es el producto de la vana imaginación humana y un intento de remover el escándalo y la locura del camino de salvación de Dios. Por esa razón, emplea el modelo de un dios que es aceptable en términos del entendimiento humano, y después de acuerdo a ese modelo, la alegoría procede a elaborar el “retrato bíblico de Dios.”

La conclusión a ser obtenida de esta historia sugestiva es importante para nuestra discusión: donde no se reconoce el carácter histórico-redentor y Cristológico del Antiguo Testamento, ahí debemos esperar encontrar la alegoría.

### **La congregación del Nuevo Testamento lee el Antiguo Testamento**

Después de nuestra confrontación con la alegoría, nuestro tema principal llega a ser más significativo: Dios caminó con su pueblo por un sendero histórico particular sobre la tierra y a través de la historia. Por lo tanto, el relato histórico particular es muy significativo para nosotros. No estamos recibiendo cierta información celestial o

revelaciones metafísicas en la forma de un número de “verdades” bíblicas, sino que la Biblia nos relata la historia en la forma de muchas historias sobre la ruta que Dios tomó y acerca de la relación entre Dios y el hombre.

Al hacer esto, la Biblia no esconde de nosotros las muchas complicaciones que amenazaron con interrumpir, o que realmente interrumpieron, esta relación. Un manual metafísico provee información acerca de un concepto de la deidad—claro, abstracto, y más o menos profundo. El relato histórico nos muestra que la revelación de Dios nos llega en la particularidad que es única a los eventos históricos. Todo sucede dentro de la relación viva entre el Dios santo y un número de gente rebelde, pecadora e irritable. ¡No sorprende, entonces, que Dios se involucrara en ciertas situaciones y complicaciones muy notables!

Leemos en la Escritura que Dios no se avergüenza de ser llamado el Dios de Abraham, Isaac y Jacob (Heb. 11:16). El Dios eterno no consideró que estuviera por debajo de su dignidad conectar *su* Nombre a los nombres de las historias de la vida de estas gentes. No podemos relatar las historias de Abraham, Isaac y Jacob sin mencionar el nombre de Dios; mucho menos podemos relatar la historia de Dios aparte de la historia de estos individuos. En Éxodo 3:15-16, leemos cuán prominentemente este Nombre funcionó en la auto-presentación de Yahweh a su pueblo oprimido en Egipto. Dios no se avergonzó de eso, dice la Escritura. Habría habido razón suficiente para que él se hubiera avergonzado. Permitir que el buen nombre de uno esté asociado con un Arameo vagabundo y tramposo es muy comprometedor. Ser el “Dios de Jacob” realmente quiere decir ligar el nombre de uno a un gran engañador y permitirse uno mismo estar involucrado en un número de situaciones turbias, incluyendo las triviales intrigas y conspiraciones de la noche de bodas de las esposas de Jacob (Gén. 30). No obstante, así es como Dios deseó darse a conocer y referido; en un número de lugares los Salmos testifican de esto: “Jehová Dios de los ejércitos, oye mi oración;/ escucha, oh Dios de Jacob” (Sal. 84:8). “Porque JAH ha escogido a Jacob para sí,/ a Israel por posesión suya” (Sal. 135:4)—ese es todo el secreto.

Cuando permitimos que estas realidades penetren nuestro pensamiento, empezamos a entender el impulso escondido detrás de la historia de la redención. Empezamos a ver al amplio alcance de las historias particulares en las cuales Dios se permite a sí mismo estar involucrado en todas las complicaciones de la vida humana y la sociedad. Nuestro asombro crece al entender la particularidad de las acciones de Dios sobre la superficie plana de esta vida terrenal, y en cada historia contemplamos una demostración majestuosa del deseo positivo de Dios de estar junto al hombre en su existencia terrenal. Todo el que piense que el relato histórico particular es demasiado trivial para servir como la revelación de Dios, y por esa razón intenta, por medio de la alegoría, de proteger el nombre de Dios de la desgracia, más bien daña en vez de defender la grandeza de Dios.

Por esta razón, debemos estar agradecidos por la vehemente oposición de Lutero en contra de Orígenes, registrada especialmente en sus sermones sobre Éxodo. Fue precisamente por medio de esta oposición que Lutero pudo quitar la Biblia de las manos de los metafísicos y devolverla a la iglesia como un relato de la gracia indescriptible de Dios (Ostergaard-Nielsen 1957:69).

Cada historia del Antiguo Testamento como tal tipifica el deseo de Dios de habitar con la gente y de estar involucrado con la gente. Cada movimiento aquí en la tierra es causado por el movimiento del amor de Dios dentro de sí mismo, en su santa existencia trinitaria.

Porque en el principio era la Palabra y la Palabra estaba con Dios y la palabra era Dios. En esa Palabra estaba la vida y esa vida era la luz de los hombres. Y la luz brillaba en la oscuridad—esa luz genuina que alumbra a cada hombre venía a este mundo (Juan 1:1, 4, 5, 9).

Esa es la fuerza motriz detrás y dentro de todos los eventos en el Antiguo Testamento. Cada movimiento de los hombres debe explicarse sobre la base de este auto-movimiento de Dios. Y así como en Juan 1 el argumento presiona adelante al reporte de la encarnación de la Palabra (Juan 1:14), así también en cada historia del Antiguo Testamento todo presiona hacia adelante al día cuando Dios vendrá aún más cerca y en su propia Persona habitará entre los hombres, el día cuando podemos hablar de “dos naturalezas en una persona.”

La historia del Antiguo Testamento presiona hacia adelante no solamente hacia la encarnación. Nos lleva juntamente al sacrificio sobre el Gólgota. Porque toda la comunión entre Dios y su pueblo de una vez todas tiene que ser obtenida y pagada. Después de todo, Dios residió en Israel en medio de su impureza (Lev. 16:16). Esa situación imposible pudo haber sido hecha posible únicamente por medio de la sangre de la expiación y purificación.

Si escuchamos cuidadosamente al Antiguo Testamento, también oiremos el gran grito de muchas generaciones por la victoria de la vida sobre el poder de la ira y la enfermedad, la muerte y la tumba. Entenderemos algo del anhelo por el día cuando el trono de David sería establecido para siempre y el Espíritu Santo sería derramado permanentemente sobre el pueblo de Dios como el gran don del nuevo pacto. El Antiguo Testamento está saturado de una especie de nostalgia—nostalgia por un paraíso recuperado y reinaugurado. Es solamente el relato factual del Nuevo Testamento que lleva a la dispensación del Antiguo Testamento a su descanso.

Cuando aprendemos a reflexionar sobre el material narrativo en el Antiguo Testamento de esta manera, entonces entendemos el significado fundamental del hecho de que la iglesia cristiana primitiva no dudó en reconocer el Antiguo Testamento como la Palabra de Dios. El Antiguo testamento no es posible entenderlo aparte del Nuevo Testamento, y similarmente, el Nuevo no puede ser leído aparte del Antiguo.

Esto no significa que el Antiguo Testamento es el libro de y para los judíos, mientras que la iglesia cristiana disfruta de la delicadeza añadida conocida como el Nuevo Testamento. Ni esto requiere que primero lleguemos a ser judíos a fin de ser buenos cristianos. La simple verdad es que el Antiguo testamento está lleno de Cristo y del deseo de Dios de avanzar hacia el día del nacimiento de Cristo. En él todas las historias encuentran su significado, su lugar de descanso, su explicación y su argumento. La esencia del Antiguo Testamento está establecida en Cristo y fue cumplido por él. Las preguntas que quedan, él las responde.

Toda la enseñanza del Nuevo Testamento nos compele a entender ambos testamentos sobre la base de su interconexión mutua.

Al mismo tiempo, el apóstol Pablo abre nuestros ojos a la distinción entre las dispensaciones o administraciones del pacto, al tratar extensivamente con la relación entre Adán, Moisés y Cristo. En ese contexto, él muestra cómo los elementos de cumplimiento, la abrogación y la nueva legitimidad cumplen su función. El evangelio de la justicia a través de la fe es establecido por medio de la ley y los profetas, en tanto que al apóstol establece la ley por medio de su predicación (Rom. 3:21-31 y 4:1ss.). Ese mismo evangelio provee la libertad cristiana con relación a las leyes ceremoniales de Moisés (Gál. 4 y 5).

Las cosas no son diferentes en la epístola a los Hebreos. Ya en el primer versículo el escritor nos enseña a poner atención a la discontinuidad y continuidad entre los pactos nuevo y viejo, a la naturaleza fragmentaria de la comunicación de Dios en tiempos anteriores, al carácter definitivo de su revelación en el Hijo. Toda la epístola continúa tocando esta nota.

Cuando la lucha en contra del legalismo judaico aparece en escena, el Nuevo Testamento dirige nuestra atención a la discontinuidad de las dispensaciones.

Cuando el carácter típico de la administración de Dios está a la vista, entonces la Escritura arguye sobre la base del Antiguo testamento en términos de la unidad de la historia y su centro en Cristo. Porque toda la empresa consiste de una historia con varios segmentos—así como la vida de un ser humano (cf. Gál. 4:1ss.).

Consecuentemente, la lectura correcta del Antiguo Testamento como la Palabra de Dios en la iglesia de hoy envuelve toda la doctrina cristiana, especialmente las doctrinas de la creación y la doctrina de la Cristología. A causa de la venida de Cristo, existe discontinuidad entre las dispensaciones. Pero este Cristo es el Hijo de Dios el Padre, el Creador de los cielos y de la tierra. Por lo tanto, existe una profunda unidad entre la obra de creación y la historia (contra el dualismo de Marción), y en virtud de la presencia de Dios en el mundo, esta historia posee la forma más alta de realidad imaginable (contra el Gnosticismo y la alegoría).

### **Dios dirige los tiempos y los momentos**

Dios camina con su pueblo. Ese caminar requiere una ruta sobre la tierra y a través del tiempo. Dios desea estar con su pueblo y habitar entre ellos. Por lo tanto, él vino cerca de su pueblo en la dispensación del Antiguo Testamento, en lugares demostrables y hechos que se pueden fechar. Dios y su pueblo juntamente viajan en ruta a los grandes hechos que él establecería a través de su Hijo y Espíritu. Porque la luz verdadera venía a este mundo.

Entonces, llegó el día cuando la Palabra, que habitaba con Dios, se hizo carne y habitó entre los hombres (Juan 1:14). Ese momento es llamado “*la plenitud/el cumplimiento del tiempo*” (Gál. 4:4).

No tenemos que entender esta frase en un sentido *evolucionista* o en un sentido *cultural*.

Entender la frase en un sentido *evolucionista* es restringirla al desarrollo histórico que precedió el gran hecho. Entonces la gente concluye que todo estaba maduro para el gran evento—algo así como la fruta que se madura debajo del sol del verano. Pero la venida de Cristo no es un producto de la historia de Israel. ¡Al contrario! El profeta ya había declarado siglos antes, con una claridad inconfundible, que del *tronco* de Isaí una vara/rama saldría/crecería (Is. 11:1). La dinastía de David se parecía a la imagen de un árbol que había sido cortado. A pesar de esa realidad, el Hijo prometido surgió de David.

Ni tampoco tenemos que interpretar la frase “el cumplimiento del tiempo” en un sentido *cultural*, como si el mundo heleno contemporáneo estaba maduro para la llegada de un salvador cósmico. Esta clase de giro se le da con frecuencia a la frase, como si el helenismo estaba listo y esperando recibir a Cristo como “el deseo más profundo del mundo,” como alguien en las iglesias reformadas en los Países Bajos lo dijera. La manera en que la Palabra de la cruz fue recibida por los griegos y los romanos nos enseña otra cosa.

Tenemos que entender la frase “el cumplimiento del tiempo” sobre la base del plan de Dios. Dios sostuvo el tiempo en sus manos; él determinó los tiempos y los momentos. El tiempo que él se había tomado para preparar la venida de Cristo a la tierra fue en un momento particular completo, así como una tasa medidora se puede llenar hasta cierto punto. Por qué justamente ese momento ocurrió en los días del emperador Augusto no debemos averiguarlo. ¿Por qué no vino el Hijo de Dios como Redentor del mundo cuando Caín nació, cuando nació Isaac, o como el primogénito de David? Simplemente no lo sabemos.

Una de las últimas palabras de Cristo a sus discípulos nos pone en nuestro lugar, cuando el Hijo nos revela que el Padre ha establecido los tiempos y las estaciones pertenecientes a las dispensaciones, y los momentos significativos en cada una de ellas, dentro de su propia “autoridad” (Hechos 1:7). Él ha planeado esos momentos y él mismo los dirige en su totalidad.

Pero al progresar la historia, las dispensaciones y sus momentos significativos se abren a nuestros ojos. Fue un *kairos* cuando Cristo apareció y proclamó que el reino de Dios se había acercado. Cuando murió y resucitó, el punto crucial de la historia llegó a ser visible. El momento de la predicación del evangelio de Cristo es siempre, una y otra vez, un *kairos*. Y Dios envía predicadores de estas muy alegres nuevas a quienquiera que desea y cuando quiere, como confesamos en los Cánones de Dort (1:3).

Estos momentos centrales Dios los ha mantenido en su propia mano. Porque Cristo Jesús mismo se ha dado como un rescate por todos y de esto se dio testimonio—no, no por medio de un libro de metafísica caído del cielo, no en momentos en que la gente supone que estaban listos para ello, sino—en aquellos momentos señalados y establecidos para tal proclamación, como lo enseña el apóstol a Timoteo (1 Tim. 2:6).

En resumen: la Historia no posee su propia dinámica funcional independiente. La historia “como tal” no existe. Dios hace los tiempos y los momentos de acuerdo a su designio. La historia no es una enorme masa gris. Hay puntos centrales y puntos críticos, progreso y retroceso, dispensaciones y diferenciaciones. Todos estos tiempos juntos constituyen la

historia de la redención. El Padre de Jesucristo gobierna sobre esa historia y el Espíritu Santo está ocupado en llevar a cabo esa administración. Esto es lo que la Biblia, en la epístola a los Efesios, llama la “*oikonomia*” de Dios, la manera en que Dios lleva a cabo y arregla su administración (Ef. 1:10; 3:2, 9). No fue sino Ireneo quien enseñó a la iglesia a poner cuidadosa atención a esa palabra.

Añádase a esto que la Biblia misma nos enseña a poner atención a los acentos en el progreso del tiempo. Por ejemplo, ¡noten el fuerte énfasis sobre las palabras significativas “ahora” o “después”! Estamos pensando en Romanos 3:21; 2 Corintios 6:2; Efesios 3:10 y Colosenses 1:26. Esta clase de acento arroja luz sobre el periodo precedente (cf. Rom. 16:25-26). Porque el “ahora” es ordenado desde arriba, pero recibe su perfil solamente en el contexto horizontal de la historia terrenal. El Hijo de Dios vino de arriba a fin de merecer e introducir el “día de la salvación” aquí abajo. Por estas razones, podemos hablar con confianza acerca del progreso y la plenitud del tiempo, los propósitos y metas de las edades, acerca de los “primeros” días y de los “últimos” días, de “esta” edad y de la era “venidera”; la Escritura misma indica el camino, como lo aprendemos de Efesios 1:10; Hechos 2:16; Hebreos 1:2 y 6:5; 1 Corintios 10:11 y otros pasajes.

Por la dirección de Dios, primero llegó un tiempo que identificamos por la frase “antiguo pacto.” Este era el tiempo en que Dios estaba ocupado de una manera preparatoria. Su actividad reveladora estaba tipificada por su carácter fragmentario. Dios estaba ocupado de una manera preliminar y empleó varias formas y órganos de revelación (Heb. 1:1).

Entonces llegó el tiempo cuando Dios mismo se declaró definitivamente en su propio Hijo. Lo que dijo entonces, lo dijo de una vez para todos. Tenemos que entender todo el movimiento dentro del Antiguo Testamento, toda la palabra de Dios y los hechos de la revelación a la luz de ese hablar final. Esto es lo que da cuenta de la presencia, en el Antiguo Testamento, de un complejo visible, histórico, uno que contiene elementos constantes y variables que necesitan ser distinguidos.

El amor de Dios y su deseo de vivir en comunión con su pueblo son constantes.

Las formas dentro de las cuales Dios dio expresión a su amor en Cristo, y la respuesta de su pueblo, son variables. Ellas llevan el rasgo distintivo de la etapa preparatoria, una etapa umbrátil de la obra de Dios dirigida hacia adelante en ese momento. Tales formas son características de la manera en que Dios tomó muy en serio la situación de vida particular de su pueblo, en ese entonces.

Ahora, cuando hablamos de “cumplimiento” como un rasgo distintivo de la dispensación del Nuevo Testamento, esa palabra tiene *dos* significados.

Primero, mucho del Antiguo Testamento ahora llega a ser completo y real; ha alcanzado su meta.

Segundo, las formas diversas del servicio de Dios en el Antiguo Testamento han cumplido su función y ahora pueden ser abandonadas.

Estos dos significados de ninguna manera se contradicen el uno al otro. De hecho, están integralmente relacionados. Porque cuando el día de la boda llega, el compromiso ha alcanzado su meta. El compromiso es cumplido en el matrimonio. Pero precisamente por esa razón, algo útil durante el noviazgo—digamos, una carta de amor—deja de circular. Cualquiera se que queje después del día de la boda acerca de la desaparición de una carta de amor es un tonto. Declarado en lenguaje bíblico: ¡sin duda, nadie que tenga la “realidad” ansía más el regreso a la “sombra”!

Cuando leemos las viejas historias, tenemos que tomar en consideración éstas y similares observaciones fundacionales. Tenemos que ver a Dios “apegándose a ello,” es decir, apegándose a su plan, su amor, su deseo de comunión y compañerismo.

También tenemos que decir: antes sucedió de esta o de otra manera, y ahora sucede de manera muy diferente.

Entonces, y solo entonces, respetaremos los tiempos y los momentos.

Solamente entonces, respetaremos el progreso dentro de los tiempos, y la intensificación de la obra de Dios en Cristo y a través del Espíritu cuando seamos capaces de decir: si ya era de esa manera en ese tiempo, cuánto más no será así ahora.

Y esto también: Mientras que en ese entonces la gente no podía ir más allá de un signo de interrogación, nosotros podemos, por el Espíritu de Cristo, conocer la respuesta y poner un signo de exclamación.

“Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo;... Y el Espíritu y la Esposa dicen: ven” (Ap. 12:10; 22:17a).

Es una señal de respeto por el Creador, Redentor y Santificador de todas las cosas que, en nuestra lectura de la Biblia, reconozcamos y honremos la distancia histórica que existe. Pero este mismo respeto nos ayuda a puentear esa distancia sobre la base de nuestra fe en Cristo, quien desde el principio del tiempo estaba perpetuamente de camino al mundo, y quien en la plenitud del tiempo reveló el camino definitivo de Dios de la salvación.

El historicismo relativiza todo, porque absorbe todo en la historia.

La alegría evapora todo en ideas atemporales, porque no honra al Padre de Jesucristo como el Creador del tiempo y de la historia.

La Biblia, al contrario, nos enseña a respetar tanto la distancia y la unidad. Esa es la información fundamental para nuestro “caminar” delante de la faz de Dios. El secreto de este respeto está en el fondo vinculado al secreto de la Persona del Hijo. En la dispensación del Antiguo Testamento dos cosas eran válidas con respecto a Cristo: *Él ya estaba ahí y aún tenía que venir.*

En el Antiguo Testamento, él estaba activamente ocupado como el Liberador y también estaba aún en ruta hacia el día de su nacimiento, muerte y resurrección. El amor de Dios ya gobernaba sobre la tierra, realizaba innumerables hechos, y otorgaba la bendición de la

comuni3n con 3l. Al mismo tiempo, tambi3n era verdad que la ira de Dios en contra del pecado todav3a ten3a que ser satisfecha y la salvaci3n a3n ten3a que ser ganada—aqu3 sobre la tierra, a trav3s de la vida de un hombre, durante d3as que pudieran ser fechados.

La gracia todav3a no hab3a sido anclada y fundada, por medio del cumplimiento, en los hechos hist3ricos para satisfacer la justicia de Dios por medio de un mediador. Calvino lo puso de esta manera: La gracia exist3a, pero en el antiguo pacto estaba a3n “como en suspenso” (*Instituci3n* 2.11.4; cf. Hesselink 1967:163-170). Conocer ese hecho es uno de nuestros puntos de inicio al leer la Biblia. El Dios del Antiguo Testamento es el Dios trino. En el antiguo pacto leemos acerca tanto de *su presencia* y *su venida*. Solamente la doctrina de la trinidad puede suministrarnos con un entendimiento de esta conexi3n.

\*\*\*

A esta exposici3n concerniente a los principios fundamentales para entender el Antiguo Testamento en su relaci3n con el Nuevo, tenemos que a3adir una observaci3n m3s.

Podemos y debemos ver la relaci3n entre ambas dispensaciones sobre la base del aspecto del *hombre* como el socio del pacto de Dios. Esto quiere decir, entre otras cosas, que tenemos que llegar a la realizaci3n profunda de que Dios camin3 con un pueblo que ten3a que conocerlo. Puesto de otra manera: Dios camin3 con gente que estaban alienados de 3l m3s all3 de lo que podemos comprender. Dios se cas3 con una novia sin experiencia e ingenua.

Una vez que vemos que Dios camin3 con esta clase de pueblo, podemos entender un poquito m3s claramente que el pueblo era completamente impotente para ser el pueblo de Dios.

Abraham y su posteridad estaban en las garras del pecado y la muerte. Ninguno de ellos estaba interesado en tener comuni3n con Dios.

Cada d3a requer3a la gracia de Dios a fin de caminar con Dios.

Adem3s, Dios quer3a caminar con un pueblo que viv3a en el contexto de su propia cultura. Dentro de las circunstancias y procesos culturales espec3ficos, el pueblo de Abraham ten3a que aprender a obedecer los mandamientos del Se3or. Para este esfuerzo tambi3n, Dios tom3 mucho tiempo. 3l no rapt3 a su pueblo fuera del mundo en el cual estaban viviendo. Por esa misma raz3n, 3no debemos ser muy r3pidos con nuestras cr3ticas de los creyentes en el antiguo pacto!

Para entender todos estos asuntos involucrando el servicio de Dios, tenemos que poner mucha atenci3n a la din3mica de la historia.

El legalismo es est3tico, y le encanta hablar acerca de normas atemporales. Pero Dios viaj3 por un sendero, e Israel ten3a que aprender a caminar a lo largo de este sendero, un



paso a la vez. Israel tenía que preservar el camino de Dios, como vimos al principio de este capítulo.

Dios arrancó a su socio del pacto de la existencia miserable de la esclavitud que sufría hasta el momento en que lo llamó. Tomó a Israel junto con él y lo estableció dentro de la circunferencia de su obra, su creación, su futuro, lo cual quiere decir: la venida de su Hijo y su Espíritu. Al hacer esto, Dios obró continuamente para el crecimiento del conocimiento y amor de Israel, su paciencia y perseverancia. La respuesta de Israel era muy a menudo inversamente al cuidado de Dios: la narrativa hace notar el repetido retorno de Israel de la apostasía, fallo y desobediencia. De este modo, la relación tenía sus altibajos. La historia de amor parecía que se convertía en una historia de sufrimiento. Dios tenía que argumentar con su pueblo, incluso hasta el punto, finalmente, del divorcio, hasta el punto de la muerte, representada por un valle lleno de esqueletos (refiriéndose a la cautividad). Pero esto no dice toda la historia. Dios es suficientemente fuerte para llamar a una boda después del adulterio, y para llamar a la vida después de la tumba (de la cautividad). Un nuevo pacto viene, una obra más intensa del Espíritu Santo: ¡el amor triunfa!

A este Dios pertenece toda la alabanza, porque la historia de la salvación era aún, en medio de todo tipo de incredulidad e imperfección, testarudez e impotencia, una historia de fe y amor.

Hebreos 11 no nos relata leyendas de la tierra de la Utopía, sino historias reales de la existencia brusca del pueblo de Dios en el antiguo pacto. El que sea sabio, preste atención a esto. Porque esto también pertenece a los tiempos y sazones que el Espíritu de Dios ha creado.